

Transcripción de Elizabeth Garrels, 2010. Se ha trabajado con una copia digital del folletín, hecha en base de un microfilm del periódico El Progreso por el equipo técnico de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago de Chile, en 2005. La transcriptor ha corregido las errata obvias del original, y en caso de que una palabra del original sea irreconocible, se la ha mantenido tal cual y entre corchetes, se ha colocado o una conjetura de lo que podría ser la palabra, entre signos de interrogación, o simplemente un signo de interrogación en los casos en que una conjetura hubiera sido totalmente arbitraria. Se ha tratado de mantener la ortografía y la puntuación originales, pero cuando la puntuación original ha creado problemas para la comprensión, se ha modificado. Cuando parecía que un error de ortografía era simple error de imprenta, se ha corregido. Cuando ha habido duda sobre si la ortografía de una palabra correspondía o no al sistema simplificado de ortografía propuesto por Sarmiento durante su estancia en Chile durante los años '40, se ha optado por la versión actual de la palabra tal como aparece en la vigésima segunda edición del Diccionario de la lengua española (RAE).

Primera entrega, #111, Año 1, martes 21 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

Alí-Bajá(*)

—

(Cuadro de Mr. Monvoisin.)

Era una madrugada del mes de marzo de 1812. El rojo sol del oriente empezaba a mostrarse sobre el horizonte reflejando sus rayos de fuego sobre el Celedino, río que atraviesa el montuoso Epino con la furia de un torrente y haciendo un ruido semejante a los ruidos de una fiera hambrienta, que rabiara por no poder tragarse el desierto que la circunda. Frente a uno de los vados de este río, veíanse un silencioso campamento de soldados mahometanos; no se alzaba de él ni una sola voz; ni echábase de ver movimiento alguno que indicara vida en aquella reunión de hombres pálidos, barbudos y meditabundos que lo componían; tendidos en las puertas de sus tiendas, al pie de sus sagaces y livianos caballos, parecían insensibles a cuanto los rodeaba; parecían estatuas, seres sin pasado ni porvenir, para quienes, como para los mármoles, el presente

es eterno o inmutable. Estaban así porque oraban; saludaban la venida de un nuevo día invocando el apoyo de su profeta y envolviendo su corazón

(*)Para este Cuadro uno de los más hermosos que Mr. Monvoisin ha expuesto con el objeto de popularizar su inteligencia, hemos arreglado este folletín; nos hemos atendido en él a los datos históricos que pudimos recojer sobre Alí-Bajá; pero también hemos tenido que inventar mucho para ver si conseguimos darle un interés romanezco que hiciera amena y apetecible su lectura.

[fin de la 1era columna, p.1]

[segunda columna, p.1]

en ese manto oscuro de resignación con que el majometano cubre su alma y la entrega ciega y tranquila al poder casual del destino. Frente a este campamento, pero en la otra orilla del río, sobresalía al cuadro misterioso y variado del desierto, la linda ciudad de Cardiki; sus techos blancos, donde se reflejaba la luz del día naciente, parecían en medio del terreno boscoso que la rodea, una bandada de palomas sentada en la copa de uno de los árboles.

Aquella frescura y renacimiento que goza el alma del hombre en la madrugada, aunque esté rodeado de peligros, era para los habitantes de Cardiki un motivo, si no para olvidar, para no comprender tanto al menos, la horrible suerte que les amenazaba. Ellos sin embargo eran presa de la mas horrible agitacion; sin saber como, ni porque, se veian cercados por el terrible caudillo del Epiro que con sus feroces bandas, venia sin más objeto que destruir la ciudad y pasar a cuchilla la población. Esta población era cristiana; era una de esas débiles y virtuosas sociedades que abandonadas en medio de la barbarie asiática, han sido sucumbidas una a una bajo la intolerante e incansable cimitarra del mahometano. Los templos estaban llenos de niños y mujeres; los hombres corrian por las calles con armas, dirigiéndose a ocupar las entradas para morir resistiendo y para no sucumbir sin dignidad; todo era alboroto y turbacion, gritos, lamentos, amenazas, ruegos, invocaciones, ¡escena lamentable que preparaba otra, mil veces aun mas horrible!

El espanto que aquella triste poblacion

[fin de la 2a columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

sufria, era tanto mas grande, cuanto que era imprevisto y repentino. Un día ántes, nada sospechaba, y habia corrido

sus horas haciendo sus cosas habituales y diarias. Ese día antes del anochecer, se divisó una nube de polvo ancha en el horizonte y la noche cerró las puertas del palacio en que habitaba el rei de día, sin que se hubiera podido llegar a saber cual era la causa que la producía. Mas, a media noche un mensajero se presenta de parte de Ali-Bajá de Janina, mandando que se abriesen las puertas de la ciudad. Los habitantes resisten y el salvaje mensajero les revela con amenazas la suerte que les aguarda. Nacen las dudas y los temores, crece la agitación y el tumulto y amanece el día tal cual ya lo tenemos pintado.

De repente, alzóse en el campamento de los turcos, del suelo en que estaba postrado, un viejo de estatura gigantesca y de altivo semblante; levantáronse todos entonces a su ejemplo, y aquel cuadro tomó un poco de agitación. El viejo ocupaba una magnífica tienda por cuyas puertas y hendiduras traspiraba el humo de los perfumes que dentro se quemaban; tanto por dentro como por fuera de este pabellón, huían los bellos y valiosos adornos que allí había; él ostentaba todo el lujo oriental, y era una muestra de la magnificencia y poder de su dueño. Estaba coronado por una asta fina y delicada, en cuya puerta superior flameaba una bandera roja que tenía pintado en su centro un oso destrozando víctimas. El viejo que postrado en la puerta de este pabellón había estado orando, se levantó co-

[fin de la 3ª columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

mo hemos dicho, recorrió con una mirada soberbia y feroz el espectáculo que tenía por delante y al dejar caer sus ojos sobre la infeliz Cardiki, reconoció por el aspecto que presentó su arrugada y morena cara toda la saña que lo animaba contra aquella ciudad. El color encendido que tiñó su frente, le dió un aire feroz y terrible, apretó los dientes y dejó escapar por entre ellos, aunque en un tono bajo y concentrado, esta palabra "¡Ah! la venganza." Es imposible definir bien toda la atrocidad que respiraba aquella cara en este momento. Los pliegues de su frente se aflojaron un instante, vencidos por la contracción que la rabia hizo tomar a las partes inferiores de la cara. Sus negros y grandes ojos, atravesados por esos ramajes de sangre que deposita la vejez y la costumbre de ser cruel, brillaron al caer sobre Cardiki, y como si hubieran sido un foco de fuego eléctrico, saltó de ellos sobre la ciudad un relámpago terrible y no ménos mortal que el que cae del seno de las tormentas. Aquel semblante pálido y sañado; aquella nariz corva y larga, como el pico de una ave de

rapiña; aquellas formas colosales; aquella cara huesuda y descarnada, a que una boca delgada naturalmente y sumida por los años, daba cierta expresion repugnante; aquel lujo ostentoso en el vestido; el respeto casi divino que inspiraba en sus soldados su presencia, todo en fin hacia entender que aquel era uno de esos terribles caudillos de la Asia, cuya vida es como un huracan, siempre en movimiento y siempre destrozando. Era Ali el Bajá de Janina aquel que se hacia llamar con com-

[fin de la 4a columna, p. 1]

[primera columna, p. 2]

placencia el *terrible oso del Pindo*. Su rabia fue momentánea; un instante despues, ya no se veia mas que esa inflexible tranquilidad que caracteriza al turco. Mientras que con la mano derecha apretaba con fuerza el puño de su alfanje, con la izquierda sobaba su blanca y apolillada barba, lanzando por entre las pobladas y anchas cejas miradas insidiosas sobre la pobre Cardiki que parecia una paloma amenazada por las garras de un gavilan.

Estaba a su lado, un poco hácia atras y en una actitud humilde y reservada otro mahometano, cuya figura repugnante anunciaba a un criado servil y feroz. Cuando Alí se levantó del suelo, este otro tambien se levantó al momento, queriendo con tal presteza indicar a su amo, que ni a Dios ni al profeta daba culto, sino por la voluntad de su señor. Miéntras Ali no le dirigió la palabra, se mantuvo de pie con los brazos cruzados y metida la barba entre el pecho, pronto a cerrar los ojos, así que Alí reparara en él para manifestar que no pretendia informarse de los sentimientos y secretos de su amo, pero espianando con una sagacidad admirable y que solo dá el servilismo y la abyeccion los mas mínimos movimientos de Alí. Cerró prontamente los ojos porque Alí se volvió hácia él y solo los abrió despacio y como por obedecer, cuando oyó que este le decia:

Allí tienes a Cardiki, mi fiel Anastasio. Cincuenta y dos años hace que me vi hu-

[fin de la 1a columna, p. 2]

[segunda columna, p. 2]

millado y maltratado dentro de esa infame ciudad. Mi familia toda pereció en sus cárceles; pero quedé yo para vengarla, y juro por Alah que en cincuenta y dos años no he pensado en otra cosa ni he aspirado a otra dicha. Todo cuanto he hecho y cuanto he pensado ha sido con este fin que hoi veo ya logrado. Pero no quisiera tomar por asalto esa ciudad. Los habitantes se defenderian; los mas perecerian y estos se escaparían a mi venganza; quiero que

todos sufran el horror de la muerte que les preparo; uno que se escapara de ella, dejaria incompleta mi obra y engañada mi esperanza. ¿Sabes tú todo lo que yo tengo que vengar en esa infame poblacion? Mira! escúchame.--

--Ahora cincuenta y cuatro años, mi padre se vió obligado a levantar en su defensa a los habitantes de Tepelene; se le queria despojar del mando lejítimo que ejercia en este pueblo. Fue desgraciado y murió en un encuentro. Mi madre que era valiente, porque era esposa de Velí y madre de Alí, se puso a la cabeza de los soldados de nuestro partido y se defendió heroicamente hasta que no tuvo ya medios de resistencia; se preparaba hacer volar con pólvora la ciudad; mas fue traicionada, y entregada a las tropas del Sultan soberbio de Constantinopla; fue arrastrada hasta las cárceles de Cardiki; adonde la acompañamos, yo que era el último de sus hijos varones que se habia salvado, gracias a mi tierna edad, y mi hermana Cainiza, preciosa

[fin de la 2a columna, p. 2]

[tercera columna, p. 2]

como una perla. ¿Sabes tú porque fuimos traídos a esta ciudad maldita que veo delante? porque era una de esas pocas que habitan en Asia los cristianos. Se queria por un refinamiento de maldad, sumirnos en cárceles guardadas por los enemigos de nuestro profeta, y atormentar asi, no solo nuestro cuerpo, sino tambien nuestras tres almas, ¡el alma de un niño y las almas de dos mujeres cobardes! Llegó un dia hasta los oidos del Sultan la fama de la hermosura de mi hermana, la codició, y la arrancáron de nuestro lado. Mi madre y yo lloramos: mi hermana se fue quizá contenta. ¿Hai mujer en el Oriente a quién no complazca el serallo de un Sultan? Al contemplar la hermosura de mi hermana y su destino al lado del Sultan; la facilidad con que este se proveia de elementos de dicha y placer, sentí algo inexplicable en mi interior, cierto impetu violento, furioso, irresistible que me gritaba "sed tú tambien Sultan." Soñaba una noche en esto, hablaba en voz alta, y mi madre que me habia oido, me hizo jurar despues, que mi primer paso, asi que tuviera poder, habia de ser arruinar a Cardiki, teatro de nuestro oprobrio y pasear mi caballo sobre sus ruinas teñidas con la sangre de sus habitantes, testigos e instrumentos de nuestros castigos. Jamas he jurado de mejor gana: y desde entónces no he tenido idea mas fija que esta venganza. Ahí Cardiki dijo. Alí arrojando una mirada feroz y endere-

[fin de la 3a columna, p. 2]

[cuarta columna, p. 2]

zándose de un modo terrible, el día de la venganza del *Oso del Pindo* ha amanecido para vos; os preparais a resistir? vuestros hijos se preparan a combatir ¡imbéciles! qué me conoceis, si os matara como a guerreros ¿creéis que me juzgaría vengado?

Anastasio Vaia no dió señal alguna de vida, se dejó estar de pie, con los brazos cruzadas e inmóvil como una piedra. Allí entró a su tienda y volvió a salir trayendo un pergamino en la mano. Aquí tienes Anastasio una orden del Sultan para que se me deje entrar en la ciudad con mis tropas. El Sultan ha visto que corre en su imperio una cantidad considerable en moneda falsa, y segun todos los datos que yo le he suministrado, Cardiki es el lugar de donde ella sale. Corre, presenta esa orden y vuela con la respuesta.

El diligente esbirro de Alí montó a caballo, tomó una escolta de lanceros y se dirigió a la ciudad. Su arribo llenó de esperanzas a los habitantes; se alegraron al ver detenerse el terrible momento de una lucha desesperada por la llegada del mensajero, y creyeron que podía ser conductor de alguna propuesta mas suave y ménos horrorosa que la de la noche anterior. Todas se atropellaban a su alrededor, todos le hacian preguntas y él, impasible, solo respondia mandando que lo presentasen a las autoridades del lugar.

Continuará

[fin de la 4^a columna, p. 2; fin de la primera entrega del folletín]

Segunda Entrega, #112, miércoles, 22 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

"ALI-BAJA"

(CUADRO DE MR. MONVOISIN.)

(Continuacion.)

El mensajero de Alí, feroz como una pantera, se gozaba en la escena de desolacion y desórden que presentaba la desgraciada poblacion de Cardiki; sus miradas se dirigian con preferencia sobre las jóvenes, pareciendo que ya queria elejir entre ellas la que habia de presentar a su amo y la que habia de tomar para saciar sus torpes pasiones. Marchó

seguido de sus soldados con una indiferencia insolente; hasta que llegó al lugar donde estaba reunido el consejo de la aflijida ciudad. Presidíanlo un anciano de noble y sufrido semblante; los flecos de damasco que caían por uno y otro lado sobre sus cienes, dejando casi totalmente descubierta toda la parte delantera de la cabeza que brillaba como si tuviera barniz, daban a esta venerable fisonomía un aire de dignidad y de virtud que arrancaba respeto y compasión. Los que lo rodeaban, se fijaban en él como si en la tranquila y seria inteligencia

[fin de la 1ª columna, p. 1]

[segunda columna, p. 1]

de este anciano estuvieran encerradas sus esperanzas de salvación, y se conocía por ellos la influencia que este hombre había ejercido siempre sobre su pueblo, por sus virtudes y su circunspección. El único mahometano que entró sin bajarse del caballo y colocado al frente del consejo, dijo cruzando los brazos. --¡Alah os perdone, pero temblad de Alí! El invencible guerrero del Epiro, mi benéfico amo, que también lo es vuestro, está justamente irritado con vosotros; habeis rehusado abrirle vuestras puertas anoche y por vuestra culpa ha tenido que hacer la oración de la noche y de la mañana en el campo y no en la mezquita que se os ha mandado edificar para que adoren al profeta los peregrinos de nuestra santa religión. Acordaos de vosotros mismos; temblad de irritarlo aun más, y obedeced sus órdenes y las del soberano señor que manda en Constantinopla.

--El soberano del imperio (contestó con una voz dulce y tranquila el anciano presidente) nos ha visto siempre sumisos y obedientes a sus mandatos. Siempre hemos alabado su clemencia y hemos venerado su alto y grande poder. Mas ¿qué tiene que hacer Alí con la pobre ciudad de Cardiki? Aquí no hai riquezas que puedan mover su avaricia, ni millares de hombres que incor-

[fin de la 2ª columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

porar a sus valientes y fieles bandas para servirle de escala hacia el poder y la grandeza: su serrallo está demasiado bien provisto de lindas niñas para que necesite venir a buscar las descuidadas e inhábiles palomas que se crían en nuestro oscuro recinto. Por otra parte, su poder lejítimo no alcanza hasta nosotros: bajá de Janina, nada tiene que mandar en Cardiki; nuestro señor el sultán, nos ha sometido a otras autoridades y mientras ignoremos si son justos los proyectos del poderoso Alí y sus intenciones al

pretender entrar con sus tropas a Cardiki, nuestro interes y nuestra dignidad nos mandan resistirle y nos mandan morir tambien, si tal es la suerte que nos aguarda por cumplir nuestro deber.

--Cristiano! ¿qué es lo que os ha enseñado cada una de esas canas que ha teñido de blanco vuestra cabeza? ¿Cada cabello que se os ha caido, no os ha hecho ver que ella tambien podia caer de sobre los hombros que la sostienen? ¿Pensais acaso que para que caiga no basta el poder de Alí y el alfanje de su criado Anastasio Vaia, o creeía que vuestro Dios es capaz de salvaros de la justicia del terrible Oso del Pindo? Vaya! la confianza en vuestro Dios te ofusca y te pierde. Cuando Alí habla, solo tiene derecho a contestarle el Gran Sultan del Orien-
[fin de la 3ª columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

te: cuando Alí manda, nadie tiene derecho a desobedecer sino aquel. Abrid vuestras puertas y entregaos a la clemencia de mi señor que os perdonará, si Alah se lo aconseja. Pensad que mucho os ha rogado ya y que la clemencia con que está dispuesto a trataros, puede cambiarse en terror, y entónces ¡infelices de vosotros!

--Teniente del fuerte Alí! sabemos que vuestro poder es grande y que el filo de vuestro alfanje es mas fuerte que las carnes de nuestro cuello; pero pensado en que una voluntad aconsejad por el deber y la virtud, es mas fuerte que toda la clemencia de vuestro señor, nos llena de gratitud; pero lo que sabemos de él, nos llena de miedo, y nos es difícil confiar mas en su bondad que en la gloria de resistir. Se dice que siendo niño fue rescatado con su madre y libertado de una prision en que perecia, por la beneficencia de un hombre rico. Alí era pobre y ambicioso, queria salir de la nulidad que lo amenazaba con tenerlo oscuro toda la vida ¿cual fue el primer paso que le aconsejó su ambicion? ¿lo sabeis? yo os lo diré; asesinó a su bienhechor y se apoderó habil y diestramente de sus bienes (1). Así se hizo rico, así se hizo de medios para aspirar.

(1) Toqueville. Hist. de la Rejen. de la Grece.
[Error: Así es cómo se escribe la nota, pero la cita correcta sería Pouqueville, *Histoire de la régénération de la Grèce*. En su nota #105, p. 154, Daisy Rípodas Ardanaz llega a la misma conclusión. Ver "Vicente Fidel López y la novela histórica," *Revista de Historia Americana y Argentina* (U. de Cuyo, Mendoza) IV.7-8 (1962-1963): 133-175.]

[fin de la 4a columna, p. 1]

[primera columna, p. 2]

¿No sabeis lo que hizo con el Capelan que era su suegro y su protector? lo denunció infame y falsamente con la esperanza de obtener el título de bajá de Delvino que este llevaba; mas se engañó cruelmente, pues que no recayó en él la herencia de Capelan y su ambicion debió convertirse entónces en una furiosa desesperacion. El bajá de Agiro-Castron era su cuñado y fue tambien hecho asesinar por él; Selum, otro bajá amigo suyo y bienhechor, fue atravesado a puñaladas en su misma presencia y por asesinos dispuestos y escondidos por él mismo. Este infeliz anciano le dijo al caer "¿Y eres tú hijo mio quien me quita la vida?" Aquí teneis Señor la conducta de Alí; juzgad ahora si Cardiki puede abrirale sus puertas sin temblar, y si no debemos temer que su venida hasta nosotros sea alguna combinacion tenebrosa de su alma cruel y cavilosa.

--Habeis juzgado mal a mi señor; ni a vosotros ni a mí me toca juzgar su política; pero sois unos insensatos en figurarnos que la miserable Cardiki haya podido mover en algo su ambicion; y que una indigente y despreciable villa como la vuestra, tenga relacion con los intereses del grande y poderoso Alí. Si no hubiera tenido que obedecer al gran sultan de Turquía, ni vuestro nombre habria salido jamas de sus labios, que harto honor recibis con ello. Vosotros habeis sido acusados de ser los autores de la moneda falsa que circula en el imperio, o al ménos, de esconder en vuestra ciudad a los que las fabrican. Ahí tenéis la órden que el gran sultan envió a Alí para que os hiciera comparecer ante él y aclara-

[fin de la 1a columna, p. 2]

[segunda columna, p. 2]

ra este hecho. Sabed ahora porque se ha presentado de improviso aquí ¿habia cosa mas justa que el que tratara de sorprender a los culpables y de no alarmarlos con el aparato y anuncio de su venida? Venid vosotros a su campo, o abrid las puertas para que él entre a vuestro pueblo. Haced lo uno o lo otro; porque de lo contrario su justicia será terrible; os tratará como a rebeldes y os pasará a todos el filo de los alfanjes de sus soldados.

Anastasio tiró entónces al medio de la asamblea con un ademán de desprecio, el pergamino que contenia la órden del sultan y no dijo mas que "obedecedla." Volvió rápidamente su caballo, amenazando pisotear y dando espanto a la multitud despavorida que lo rodeaba, que se abrió como la mar, formando olas agitadas para dejar pasar los altivos

caballos de la escolta majometana. Así que se acabó el ruido terrible que esta hizo al retirarse y el alboroto y ajitacion que causó en los espectadores, reinó un silencio triste y prolongado. Todos meditaban sobre la horrible alternativa en que estaban colocados. Las mujeres lloraban, los niños abrazaban las rodillas de sus madres y contemplaban con estupor el cuadro nunca visto que ofrecia su pacífica ciudad. El venerable jefe rompió entónces el silencio y dijo.-- Hijos míos, estamos acusados de un crimen contra la mejestad del trono que tiene derecho para goberarnos; ese trono ha tenido a bien allá en su augusta sabiduría, someternos a un juez terrible y cruel; pero ahora que sabemos la causa de nuestra desgracia, nues-
[fin de la 2a columna, p. 2]

[tercera columna, p. 2]

tro deber es obedecer, así como era resistir, cuando la ignorabamos; debemos vindicarnos y no combatir; no tenemos derecho ni fuerzas para rebelarnos; templemos nuestras almas en la contemplacion de la infinita sabiduría de nuestro Dios, y roguemos que haga de nosotros aquello que sirva mejor para hacernos dignos de él y del bautismo de cristianos que llevamos sobre nuestra frente. Voi yo mismo a presentarme al Bajá del Epiro; acompañadme algunos y guardaos los demas nuestros hijos y nuestras esposas, a esperar mis avisos y consejos.

El silencio que hasta entónces habia habido, se convirtió en lamentos. Una anciana que traia entre sus brazos una preciosa niña de seis años, se arrojó a los pies del presidente, lloró, suplicó, quiso acompañarlo, mas él no lo permitió y la infeliz madre solo tuvo tiempo para decir.."Dios te proteja, mi querido Brionés." --(Así se llamaba el venerable anciano de Cardiki) y que tu virtud sirva de amparo a tu hija, la tierna Cardiki [¿Vasiliki?], y a tu buena mujer." Una lágrima atravesó el rostro de aquel hombre resignado; mas sin volver la cabeza, siguió caminando y se dirigió al campamento de Alí seguido de algunos de los mas notables ciudadanos.

Así que el bárbaro hijo de la Asia vió salir de la ciudad la comitiva, sintió que palpitaba su corazon movido por el gozo feroz de la venganza y de la crueldad que era inherente a su constitucion de tigre. Examinó con una infame complacencia su lujosa carabina y su cortante alfanje, y

[fin de la 3a columna, p. 2]

[cuarta columna, p. 2]

extasiándose ya en la perspectiva de la matanza que estaba próxima como si tuviera sed y la pensara saciar con la sangre de los infelices Cardikiotas. Dió al momento órdenes terminantes para que sus tropas formaran tres costados de un cuadro al rededor de su tienda e hizo montar a caballo otra parte de ellos para que saliese a encontrar a los habitantes y los escoltase con toda clase de miramientos y respeto; mas su jefe tenia ya la órden secreta de cerrar el costado descubierto del cuadro, así que entrasen en él las infelices víctimas destinadas a saciar su venganza.

Así que estuvieron realizados estos movimientos, se presentó montado en su ágil caballo; parecia una fantasma aquel viejo adusto y descarnado, cuya barba blanca y abierta cubria hasta la mitad de su pecho y se enredaba entre los preciosos adornos de oro, plata y rico acero que brillaban por do quiera de sus vestidos. El caballo tan colosal como el jinete, parecia enorgullecido con el gran señor que llevaba sobre su espalda y relinchaba y levantaba una nube de polvo con las fuertes y arrogantes pisadas que destrozaban el suelo. Allí recorrió lijeraamente sus tropas y al llegar al campamento, los Cardikiotas estaban ya en la puerta de su tienda. Sobre su altivo potro y rodeado de sus bárbaros sicarios afectando impasibilidad extraordinaria que solo es dado finjir con maestria a los hijos del oriente.

Continuará.

[fin de la 4a columna, p. 2; fin de la segunda entrega del folletín]

Tercera entrega, El Progreso, #113, jueves, 23 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

ALI BAJA

(CUADRO DE MR. MONVOISIN)
(Continuacion)

Cuando los habitantes de Cardiki estuvieron ya cerca de Alí, este se bajó prontamente del caballo y les salió al encuentro con un aire dulce y afable. Los historiadores que han relatado este suceso (*) dicen que hasta lloró de ternura y que se afligió sumamente de la horrible agitacion

en que habia puesto a la pobre ciudad por la necesidad de cumplir con exactitud las órdenes del sultan. Al momento se dirigió al anciano Briones y alargándole la mano, le dijo,

---Respetable amigo; los años han hecho para nosotros desconocibles nuestros semblantes; pero en vano es que la vejez haya querido hacernos olvidar las buenas relaciones que tuvimos cuando niños. Tu nombre ha llegado a mis oídos acompañado siempre de alabanzas y de respeto. Posible es que tú no reconozcas en el Bajá del Espiro al desvalido hijo de Velí que fue encerrado en las cárceles de Cardiki con la infeliz madre y su linda hermana. ¿no te acuerdas del niño Alí?

---El anciano Cardikista se quedó un momento sorprendido "¡Alí!" repitió con asombro. "Sí, me acuerdo, me acuerdo de

(*) Dufey, *Voyage en Grèce* [Así es cómo se escribe la nota. No se ha encontrado ningún título parecido correspondiente a un autor Dufey. Una hipótesis es que se trate de una confusión entre el libro *Résumé de l'histoire de la régénération de la Grèce jusqu'en 1825*, de Pierre J. S. Dufey, publicado en París en 1825, y el *Voyage de la Grèce*, de François Pouqueville, publicado en París, también en 1825. En su nota #105, p. 154, Daisy Rípodas Ardanaz llega a la misma conclusión (op.cit.).
[fin de la 1ª columna, p. 1]

[segunda columna, p. 1]

vos Sr. y de vuestra familia. ¡Oh! Dios mio! gracias mil veces, gracias por vuestras bondades! Mi patria entónces mostró para con los desgraciados la compasion cristiana que debia ¿quién nos habia de decir que agraviabamos a un poderoso y que predisponiamos en nuestro favor al teniente de un sultan? El infeliz anciano ignoraba que el orgullo de un hombre feroz hace un crimen de la compasion y se venga de la necesidad que tuvo de ella en los que se la acordaron.

---Ya lo ves, Briones; Cardiki nada tiene que temer de Alí; en vuestros compatriotas voi a encontrar ancianos que fueron niños y que conocí en aquellos años que solo dejan recuerdos inocentes. Me ha dicho Anastasio que me acusais de crímenes ¡y bien! ¿qué os importa a vosotros el camino por donde yo haya llegado al poder? Alah me juzgará a mí como a grande y poderoso, a vosotros os juzgará como a pequeños y débiles; nuestra tarea sobre la tierra ha sido distinta y no debemos mirarnos unos a otros por el mismo prisma. Si no hubiera sido [¿por?] mis recuerdos de la infancia, Cardiki estaria ya hecha pavezas y yo andaria

paseando mi soberbio alazan sobre sus ruinas. ¿Pensais que no bastaban los cinco mil soldados de que me veis rodeado? ¿teneis acaso como resistirme si hubiera yo querido emplear mis fuerzas contra vosotros? ¿No veis que contra mi costumbre, os he rogado, he esperado? ¿Y porqué lo ha-
[fin de la 2ª columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

bria hecho yo, que jamas he sufrido resistencia a mi grande voluntad, si no hubiera sido por los recuerdos que conservo de vosotros y por pagaros la lástima que me tuvisteis con la lástima que os tengo si persistis en contrariarme?

---Señor, dijo el anciano, habia llegado a Cardiki un rumor confuso y aterrante de vuestro poder y de vuestras hazañas; como sucede siempre con los grandes hombres, se nos habia contado la historia de vuestros principios adornada de mil hechos tenebrosos y terribles que inspiran miedo a todos, y que quizá no sean sino fábulas inventadas por la maledicencia y la enemistad. Nosotros Sr. estabamos mui léjos de sospechar que el grande Alí fuera aquel mismo que conocimos niño y desgraciado. ¡Ya se ve! Hai en Oriente tantos hombres de vuestro nombre! Pero Sr. Cardiki nada teme de vos ya, vuelvo a la ciudad y haré que se obedezcan las órdenes que quereis darme.

---Sí, volved, nada temais; y para que veais hasta donde llevo yo mi condescendencia con vosotros; haced saber que ya no quiero entrar a Cardiki y que mi intencion no es otra que hacer que vengan a mi campo los habitantes, vengan tambien los niños y las mujeres para que todos puedan oir a su S.A. el Vali[...?]ci de las Albanias pronunciar el *decreto que les vuelva la tranquilidad y la dicha*. Haré un simulacro

[fin de la 3ª columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

de investigacion para satisfacer al Sultan y volvereis a vuestro hogar para bendecir mi nombre y ser de mi parte si se ofrece la ocasion.

El anciano se volvió entónces a la ciudad; era presa de una terrible tribulacion; mil dudas lo asaltaban, mil dudas horribles, pesaba sobre sus hombros una enorme responsabilidad. Su consejo iba a ser la decision de sus compatriotas; si aconsejaba la resistencia aconsejaba una ruina cierta, si aconsejaba la sumision. . . . Alí le inspiraba dudas horribles. Pero al fin, eran dudas, miéntras que el otro partido le ofrecia certeza: se decidió al fin y queriendo mover la compasion de Alí, alzó la poblacion en masa y la encaminó al campo militar del turco.

No dejaba de inspirarle cierta confianza el recordar que la escolta que habia salido a recibirlo la primera vez que fué a verse con Alí, le habia mostrado toda clase de respeto y habia vuelto a dejarlo en la ciudad, retirándose así que llegaron a ella sin inspirarle temor alguno. Esta escolta se habia emboscado por orden de Alí en una encrucijada del camino y el anciano caradikista ni sus paisanos lo habian visto por causa de la agitacion y tumulto en que estában envueltos.

Así que se hubieron retirado los cardikistas, el inflexible Alí montó de nuevo en su caballo y puesto en una altura desde donde podia ser oido de sus tropas les dijo,
[fin de la 4a columna, p. 1]

[primera columna, p. 2]

--Ea bravos y fieles soldados! Llegó el momento ya imanos a la obra! No hai que dar cuartel; destruid a todo destruir así que os dé la señal disparando un tiro con mi carabina. Muera hasta el último de los hijos de estos temerarios; no sequeis vuestras filosas cimitarras, sinó cuando vuestro generoso Visir os grite; Basta ¡A ellos! Vengadme! Que el incendio voraz luche con el hierro a quien destruye mejor; y que perezcan todos ellos hoi a sable, puñal o fuego, mujeres, hombres y niños, y que las llamas devoren los que se escapen de vuestros brazos diligentes, para que tiemblen los que en adelante quisieran ofender al *Oso del Pindo*.

Miéntas esto pasaba en el campamento de Alí, la ciudad de Cardiki presentaba una escena espantosa; los habitantes se resignaban silenciosas y tristes a dejar sus casas para oir el decreto que debia volverles el sosiego. Esta resolucion fue acogida con terror. ¿Como confiar en la clemencia de Alí? Casi todos los templos se llenaron al momento de la multitud que iba a suplicar en ellos la proteccion de su Dios; y mui poco despues saludaba con una mirada su tierra natal, y pasaban las hinchadas aguas del Celedino. Cuando llegaron al campo de Alí, hombres y mujeres se postraron todos en tierra y se oian los lamentos sofocados de las madres que estrechaban a sus hijos y a sus esposos. Alí y ellos están ya rodeados por todas partes de sus cinco mil soldados; los que habia puesto emboscados en el camino han venido por detras de los habitantes y han completado el cerco. El cruel caudillo no dirige sino palabras afectuosas y consoladoras a los Cardikistas, los trata de hermanos. Se pone a conversar afectuosamente con aquellos que antes habia conocido; recuerda a otros los entretenimientos y luchas de la infancia; les explica breve-

[fin de la 1a columna, p. 2]

[segunda columna, p. 2]

mente las sospechas que el Sultan habia tenido de que entre ellos habia monederos falsificadores y que él por obedecer se habia encargado de averiguarlo; pero que no haria mas que aquel simulacro y que iba a retirarse con sus tropas en su presencia misma.--"Voi, dijo, a dar las órdenes para la retirada y os dejo tranquilos en vuestra pacífica ciudad."--En efecto dió al galope una vuelta rápida por el cuadro de tropas y habiéndose asegurado de que estaba perfectamente cerrado y de que no habia por donde escapar, volvió al centro de los Cardikistas y les dijo -- "retiraos hijos queridos."--Les dió la mano y se despidió de ellos, que llenos de júbilo volviéron el rostro y sus pasos hácia su cara villa. Mas se contráron con una larga fila de soldados inmóviles como unas estatuas; se oye entónces con un tiro y un grito, y cada sicario bárbaro de aquellos, repite este grito como si fuera un eco rechazado por los flancos frios de una montaña. "*Maten! maten!* se oye decir por todas partes. ¡Qué espanto! que confusion la que sobrevino en aquel momento! la sangre corria como rios por el suelo; escopetazos, sablazos, golpes, puñaladas, lamentos, maldiciones, todo andaba mezclado y revuelto en aquella escena de bárbara atrocidad. Ali corria como un demonio sobre las víctimas acabando de destrozar con los hierros de su feroz caballo las que abatia con la incansable fuerza de su brazo. *¡Maten!* gritaba con una sonrisa de complacencia feroz y ajitado por las mas brutales pasiones. En medio de la carnicería y del desórden resbálase su caballo y arroja al atroz caudillo sobre los cadáveres de sus víctimas.

Pronto como buen jinete para desembarazarse en la caida de cuanto podia hacerla peligrosa, estaba ya mas furioso con un pié sobre el estrivo, cuando una preciosa ni"--

[fin de la 2a columna, p. 2]

[3a columna, p. 2]

ña de seis años se le abraza de la pierna que tenia todavía en el suelo; estaba pálida, trémula y loca de horror. Era tal la hermosura de aquella tierna criatura y tal el horrible espanto que padecía, que Alí se detuvo sobrecojido a contemplarla. La niña se asió a él con mayor fuerza y Alí no pudo ménos que bajarse y tomarla entre sus brazos por el impulso inexplicable de compasión por una fuerza interior de que él mismo no habia sabido darse cuenta.

Vasiliki, así se llamaba esta débil e interesante criatura; cándida y bella por la edad en que estaba y por su organizacion misma, se habia refujiado sin conocerlo entre los brazos del verdugo de sus pasiones [¿paisanos?] y de sus padres; le conjuraba que suplicase al terrible Visir Alí que salvase a sus padres y a sus hermanos; "Señor, le decia, corred y rogadle que no mate a mi madre ni a mis parientes; servidnos de protector; nada hemos hecho nosotros para merecer la cólera de ese poderoso amo que nos quiere matar. Somos unos pobres e inocentes niños; mi madre nunca ha ofendido al Visir, Señor. decidse así; me entrego a vos Señor; recibidme como a esclava; tenedme lástima, quizá tendreis algunos hijos de mi edad, una madre.... Ali se sintió conmovido por un horror involuntario; se turba, vacila, su rostro pierde la feroz expresion de saña que tenia y se manifiesta turbado, horrorizado de sí mismo. Toma de pronto a Vasiliki, la estrecha entre sus brazos y le dice:

--Tranquilízate, querida niña, respira, estás en los brazos de Ali; yo soy Ali y te quiero salvar.

--Oh! no! no! Vos sois bueno, vos sois bueno Señor y Ali....

--No prosigas, dijo de pronto el bárbaro asiático, tranquilízate, te digo, serás mi hija en adelante, vivirás en mi palacio. ¿Cómo se llama tu padre? ¿Cómo se llama tu ma--"

[fin de la 3ª columna, p. 2]

[4ª columna p. 2]

dre? pronto hija mia!

--Briones, Señor; un anciano como vos, y Dalinda una anciana como vuestra mujer quizá.

Corro a salvarlos. ¡Imbrodor! gritó Alí con una voz de trueno y al momento se presentó un jefe mululman "me respondes con la tuya de la vida de esa niña" y partió al galope con una lijereza extraordinaria.

No pasó mucho tiempo sin que se oyera gritar por todas partes. ¡Alto! ¡alto! el Visir lo manda! y como si aquellos brazos que daban golpe sobre golpe fueran los resortes de alguna máquina, empezáron a parar poco a poco su carnicero juego. Alí corria por todas partes cebando miradas de alarma y de interes. De improviso vé al anciano Briones padre de Vasiliki próximo a espirar bajo el filo del alfanje de un musulman; grita, corre, y como si hubiera desesperado de que su voz hubiera sido bastante para contener el brazo de su soldado, le descargó al llegar un feroz golpe de su sable que lo abatió en el momento mismo en que el torpe verdugo se detenia sorprendido por las

voces y el ademan de su Señor. Ali conduce a Briones; la carnicería habia cesado; la mayor parte de las mujeres se habian salvado por que los asesinos se habian ocupado hasta entónces con mayor atencion de los varones. Fácil fué encontrar a la vieja y desgraciada Dalinda. Allí sacó pronto a los ancianos y a Visiliki del cuadro, y así es que los puso en la parte de afuera, entregó como señal de mando su escopeta al feroz Anastasio y le dijo: continúa. En efecto continuáron hasta que todas las víctimas quedáron abatidas. Allí se retiró friamente llevándose a Vasiliki y a sus padres a la capital de su gobierno que era Janina.

(Concluirá.)

[fin de la 4a columna, p. 2; fin de la tercera entrega]

Cuarta entrega, El Progreso, #114, viernes, 24 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

ALI-BAJA

(CUADRO DE MR. MONVOISIN)

(Continuacion)

[primera columna, p. 1]

Alí caminaba pensativo y callado, seguido de su fiel guardia y de los tres prisioneros. De cuando en cuando volvía los ojos hácia el teatro donde se llevaba a su cabo la horrorosa carnicería de los Cardikiotas; a lo lejos se oía de un modo espantoso el lúgubre ruido compuesto de golpes y lamentos que de allí salía. Hubo un instante en que se oyó un alarido feroz; los verdugos celebraban con él la conclusion de su tarea; vióse entónces una densa nube de polvo que corría levantándose del suelo en direccion a la ciudad; cortóse un momento en la márjen del río y poco rato despues volvió a levantarse en la otra orilla y siguió corriendo con una gran rapidez en la direccion que hemos dicho. Se oía tambien el tropel de un gran numero de caballos; efectivamente, todas las tropas de Alí se arrojaban como una banda de forajidos sobre la solitaria Cardiki: iban a incendiarla y arrasarla. La rabia del Bajá tenia aun que saciarse sobre aquella ciudad cuyas calles y templos desiertos daban pavor. Los sepulcros de los muertos eran los únicos lugares de donde parecia que se levantara alguna sombra de vida; el silencio solemne que allí reinaba, parecia una manifestacion del duelo que hacia

aquella infeliz ciudad privada de sus hijos. El tropel de los caballos que venia a hun-

[fin de la 1a columna, p. 1]

[segunda columna, p. 1]

dirla a ella tambien en el sepulcro, empezó a agitar un poco aquella soledad y el eco que repetia este ruido creciente, semejava a los lamentos de una niña condenada al suplicio.

Mui pronto estuvo ya dentro de las calles el infernal alboroto de los Musulmanes, las llamas empezaron a levantarse anunciadas por una negra masa de humo. Los edificios se desplomaban y es aspecto risueño de aquella poblacion, se cambiaba en un aspecto de desolacion y ruina.

La ciudad quedaba al poniente del camino que llevaba Allí y los prisioneros; y como era ya la hora de la caida del dia se veia el sol en el horizonte, un poco mas alto que el plano en que se presentaba Cardiki. Cuando se levantó el humo del incendio y el polvo de la demolicion, se formó delante del sol una nube que le quitó la brillantez de sus rayos dándole un color rojo que causaba espanto y que permitia encararlo sin ser lastimado en la vista. La atmósfera se tiñó tambien de colorado y negro, y a medida que fue desapareciendo el dia, fue tomando mas viveza y enerjía el fuego del incencio y oscureciendo hasta ponerse como un terciopelo negro el cielo de aquel pais. Las llamas se levantaron entónces como una furia voraz; parecia que no contentas con devorar el suelo, querian invadir el espacio solitario e infinito en donde solo penetran el ojo y la mano de Dios, tales eran las volcanadas de fuego que lanzaban atrevidas y por momentos al seno de las etéreas rejiones.

El anciano Cardikiota no alzó un momento solo su desencajada y pálida cara.

[fin de la 2a columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

Se le conocia dominado por una profunda tristeza; pero no miraba ni a su hija. Allí se puso a su lado: quiso hablarle pero impresionado por su semblante, respetó su emocion y se mantuvo silencioso; sin embargo tomó a Vasiliki en sus brazos. Le hizo muchas caricias le dió varios besos en la frente.

La pobre criatura, que estaba en aquella edad en que no sabe lo que es la patria, en que el mundo todo está encerrado entre la madre y el padre, estaba tranquila y alegre al verse rodeada de sus padres y protegida y halagada por un varon fuerte a quien ella veia mandar y ser

obedecido al punto. Muchas veces intentó Alí consolar al padre de Vasiliki; le dirigió palabras afectuosas, le colmó de atenciones, el anciano nunca respondió: una sola vez exclamó "¡incendió a mi patria y educará a mi hija en su serrallo y para su serallo."

Al otro día se incorporaron todas las fuerzas de Alí; y este reestableció en un momento la subordinación y el silencio, que no guardaban bajo el mando de Anastasio, por faltar aquel respeto servil con que miraban al feroz viejo. Desde entonces se continuó la marcha hasta Janina que era la cueva del Oso; y desde allí anunció este al Sultán que había arruinado a Cardiki, centro de los trabajos de los falsificadores de moneda que había quemado los útiles que para ello tenían.

Así que Ali entró en Janina, redobló sus cuidados para con la niña Vasiliki y sus padres y no se ocupó de los asuntos del imperio, si no cuando hubo establecido del modo más cómodo y suntuoso a la infeliz

[fin de la 3ª columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

familia escapada de Cardiki. Cuando esto hubo hecho, abrió una puerta secreta que había en su pabellón y tiró el cordón de una campanilla. Al momento se presentó un musulmán de color cobrizo, color que no solo le venía de su organización física sino también de los trabajos en que ordinariamente se ocupaba; conocíase que trabajaba metales. Así que entró al cuarto del visir, se postró en el suelo: éste le dijo,

--Tatal! qué tal han sido los trabajos que te encomendó tu amo?

--Señor! Alah no se cansa de proteger mis manos siempre que se emplean en beneficio del grande Alí.

--Se ha sellado mucha moneda en mi ausencia?

--Señor, teneis a vuestra disposición y bien guardados como setecientos mil pesos.

--Bien Tatal! voy a dar la orden de que se pague a mis tropas: traedme una cantidad para recompensarlas bien: es preciso que las enriquezca y les dé grandes esperanzas antes de acometer al soberbio Sultán de Constantinopla; también en él tengo que vengar a mi familia: cuando yo me alce contra él con mis fieles albaneses y mi moneda veremos quién es más fuerte y terrible, veremos si los Dardanelos me impiden visitar a Bizancio. Por ahora (dijo con una risa feroz e irónica) ya están castigados los Cardikiotas, los monederos falsos del imperio y a fé mia, que no ha sido este un mal pretexto para armar bien mis tropas. Vete y trabaja.

Alí era el que fabricaba la moneda falsa por la que habia destruido a Cardiki.

(Continuará)

[fin de la 4^a columna, p. 1; fin de la cuarta entrega]

Quinta entrega, El Progreso, #115, lunes, 27 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

ALI-BAJA

(CUADRO DE MR. MONVOISIN)

(Continuacion)

[primera columna, p. 1]

El anciano Briones y su esposa no pudieron sobrevivir por mucho tiempo a la horrible escena que habian presenciado; las emociones mismas que habian experimentado tan profundas y tan dolorosas, los acercaron sin remedio al sepulcro. Alí se sentia dominado por una fuerte simpatia y cariño hácia Vasiliki. Se habia esforzado siempre en consolar a los dos esposos, y habia puesto una singular solicitud en tenerlos del modo mas tranquilo y afectuoso que le era dado realizar. Se divertia con Vasiliki como si fuera hija suya, y de dia en dia sentia crecer un afecto tierno y poderoso que lo ligaba intimamente, sin que pudiera darse cuenta de ello, a esta lindísima niña. Ella que habia caido en manos del mahometano en una edad en que es tan fácil borrarse las primeras impresiones, solo conservaba un recuerdo vago y débil de la horrorosa escena que habia precedido a su encuentro; y como despues este poderoso Visir se habia portado con ella y su familia con tanto afecto y ternura, crecia acostumbrándose a mirarlo como su protector, como su padre, como el padre y protector de su anciano y desgraciado padre.

Poco tiempo despues murieron el padre y la madre de Visiliki; y la tierna cristiana se quedó en el palacio de Alí enteramente aislada, y abandonada a la proteccion y amparo del turco. Este cada vez mas se mostraba con ella afectuoso; cada vez mas la complacia y respetaba; y cuando la joven llegó a aquella edad en que la naturaleza humana fermenta por el fuego de las pasiones, no habia visto jamas a su lado otro hombre digno de ella, y que mereciera mejor su afecto que el viejo Alí. Los otros que

[fin de la 1^a columna, p. 1]

[segunda columna, p. 1]

de vez en cuando habia visto, eran miserables esclavos, abyectos, viles, y que no podian inspirar otra cosa que desprecio a la interesante y altiva mujer que habia acostumbrado desde niña a ver respetados y tiernamente obedecidos hasta sus infantiles caprichos. Ademas de esto, la mujer del Oriente no se cria como la mujer del Occidente. El móvil moral que el corazon siente bajo la lei del mahometano, no es el amor sino la ambicion. Cualquiera que se siente con fuerzas, aspira a mandar, si es hombre; y si es mujer aspira a vivir al lado del que manda. En el Oriente es raro que la mujer ame la figura, y mui comun que ame el poder. La vejez cuando está provista del cetro y de la corona es el mejor atractivo para el amor. Así son las costumbres y obedeciendo a ellas, se crián desde niños los que despues vienen a ser hombres y mujeres.

Vasiliki pues, no amaba quizá a Alí (entre turcos las mujeres aman poco); pero lo miraba como el hombre mas grande y poderoso que habia conocido, como su bienhechor, como el bienhechor de sus padres; lo miraba como el único hombre digno de poseerla. Su orgullo mismo y su mérito la ligáron al viejo Alí; de hija pasó a ser sultana; cuando cambió de edad, cambió de posicion.

Alí era feliz; dueño de la mujer mas linda de la Turquía; dichoso en sus batallas; jefe de un poderoso ejército; rival del Sultán; enemigo y vencedor suyo; habia alzado a tanta altura la reputacion de su nombre y su fortuna, que intentaba de nuevo declarar la guerra al Sultan, revelarse y marchar sobre Constantinopla para hacerse coronar como Señor y amo de la Turquía. Vasiliki partia con él su fortuna y el soberbio y enérgico anciano habia llegado a mirar a esta jóven linda sin par, como un elemento indispensable para su vida; como una necesidad absoluta, ligada a su existencia. Por donde quiera que lle-

[fin de la 2ª columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

gaba el nombre y la fama del valor de Alí, llegaba tambien el nombre y la fama de la hermosura de Vasiliki; no habia poderoso en Oriente que no envidiase en Alí la fortuna de tener tal mujer, tanto como la de gobernar tantas tierras y mandar tantos soldados.

La historia pinta con horror el carácter politico que desenvolvió Alí en todo el tiempo en que silenciosamente estuvo aspirando al supremo poder. Traicionó a casi todos los Bajáes poderosos de la Turquía despues de haberlos

atraído a conjuraciones mas o ménos serias contra el Sultan; desparramó el terror por donde quiera que se oia su nombre; aumentó y disciplinó sus fuerzas; y cuando del Sultan abajo no hubo poderoso que pudiera rivalizar con él, se rebeló abiertamente contra la Puerta y para hacerlo, se apoyó en los bárbaros que habia disciplinado y cebado en la carniceria y el saqueo y en el terror que por todas partes acompañaba su nombre quitando hasta las intenciones de resistir.

La hermosa Vasiliki no veia de todo esto mas que el deslumbrante costado del poder y de la opulencia. Allí era para ella tan poderoso sobre la tierra como Dios en el Cielo; su gloria militar y su fortuna, sin igual en oriente hasta entónces, le infundian un respeto profundo y arrojaban ese cariño semi-filial que le habia profesado desde la niñez y que era la base del recíproco amor que los unia. Allí descansaba de sus fatigas y cavilaciones entre los brazos redondos y rellenos, suaves como una seda, de la hermosa jóven que se llenaba de orgullo al ver tiernamente rendido a sus pies, o reposando sobre sus faldas majestuosas y soberbia cabeza, al anciano terrible que hacia temblar al Sultan, y que para ellos debia ser y era el mas grande entre los mortales. Vasiliki se quitaba muchas veces su turbante lujoso y de formas atrevidas para dejar caer sobre el rostro del anciano, apoyado sobre sus rodillas, la lluvia de ca-

[fin de la 3a columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

bellos negros, brillantes como si fueran de vidrio y ricamente perfumados. Estos paquetes de coquetería le aseguraban para siempre el imperio.

--Mira Vasiliki, le decía Alí un dia; voi a dirijir mis armas contra el Sultan; y te voi a llevar por delante de mis tropas para sentarte a mi lado en el trono de Constantinopla. Allí vas a ser la igual de las reinas de Europa; tu hermosura y tu virtud van a correr, sobre las alas de la fama, todo el mundo siguiendo a la nombradía de tu anciano Alí, que tambien será el igual de esos reyes y que con tanta admiracion oyes nombrar y que sin embargo no creas que mandan tanto como yo puedo mandar.

Vasiliki bajó tiernamente su cabeza y Alí le imprimió un beso ardiente sobre el delicado y lleno cuello que la sostenía. Iba ella a responderle, cuando un eunuco entra precipitado y al postrarse ante alí anuncia a su teniente el feroz Anastasio Vaia.

--Anastasio Vaia dices ¡Esclavo! ¿y mi ejército? Mira! si te engañas; si no fuera Anastasio, te haré rodar esa infame cabeza.

Y se levantó como un tigre, con la vista encendida y precipitándose de puerta en puerta hasta que dió con Anastasio que lo esperaba postrado.

--Anastasio; ¿porqué vuelves? ¿dónde has dejado el ejército que te he encomendado?

--Señor ¡Señor! el Sultan nos sorprendió!; seguia vuestras órdenes, iba a esperaros en el punto señalado; pero alguno os habia traicionado y sin que lo supierais vos ni nosotros, el sultan habia movido sus tropas; nos ha atacado de improviso y nos ha destruido; os traigo mi cabeza y mi fidelidad para que corteis la una y deis a la otra el término que desea por no haber podido seros útil.

(Continuará).

[fin de la 4ª columna, p. 1; fin de la quinta entrega]

Sexta entrega, El Progreso, #116, martes, 28 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

ALI-BAJA

(CUADRO DE MR. MONVOISIN)

(Continuacion)

[primera columna, p. 1]

Efectivamente, tiempo hacia que la Puerta sentia alarmas serias por la conducta de Alí; y como en Turquía todo se hace por rodeos y a ejemplo del astuto gato que asecha en silencio y se precipita de golpe con sus uñas bien abiertas en el momento ménos esperado, el sultan prevenido de antemano seguia todos los movimientos y maniobras de Alí y se preparaba a darle un golpe decisivo aparentando ignorancia y descuido; aparentando sumision y condescendencia con el terrible *Oso del Pindo*. Mas no por esto temblaba ménos el sultan de errar el tiro que ocultamente le asestaba y de tener que encontrarse cara a cara con su poderoso súbdito, dejando a las armas la decision de la lucha en que iba a entrar con él.

Cuando Alí hizo mover sus tropas, tomó para ellos varios pretextos, creidos aparentemente por el sultan, pero bien comprendidos en el fondo; Alí se creia oculto pero estaba descubierto; y sus tropas iban a caer en un lazo inesperado sin tenerlo a su cabeza para alentarlos y

salvarlos, pues él con el objeto de ocultar mejor sus planes de sorprender al sultan, y sin creer que en la marcha pudieran ser sorprendidos, las habia hécho marchar a las órdenes de Vaia hasta un punto donde debian esperarlo para dar el golpe de sorpresa con que pensaba derrocar a su soberano y usurpar el imperio. Mas sucedió lo contrario; el sultan cayó sobre él y destruyó completamente el poderoso ejército que habia formado a fuerza de intrigas y de paciencia.

Cuando Vaia se lo hizo saber, Alí se quedó inmóvil como una piedra, cerró los ojos y se veian de tal modo comprimidos los músculos de la mano, que parecia que los de-

[fin de la 1ª columna, p. 1]

[segunda columna, p. 1]

dos querian clavarse unos en otros. Anastasio pegó su frente contra el suelo y permaneció tambien sin movimiento alguno. Poco rato despues abrió los ojos Alí; parecia ya repuesto, parecia haber encontrado una resolucion, un objeto que llenar, una obra que hacer, pero ántes de salir, mandó friamente que Anastasio fuera ejecutado como reo y que su cabeza se colocara bien alto en la puerta principal de su palacio de Janina. Lo cual se llenó cumplidamente pregonando que así castigaba el *Sultan Alí* a sus soldados cuando se dejaban vencer. Se hizo llamar Sultan; porque estando ya descubierto, queria tener el gusto de usar públicamente de este título; y su escolta empezó a llamarse tambien "los jenízaros."

Salió Alí al encuentro de las tropas del Sultan que avanzaban rápidamente sobre Janina y que marchaban sin obstáculos. Quiso sublevar los departamentos que gobernaba; pero el prestigio de la victoria estaba ya en las filas del Sultan, que acompañado tambien del prestigio de la lejitimidad y de la posesion, tenia mucha mayor facilidad para sobornar a los tenientes de Alí y levantarlos en contra suya. Así sucedió. Alí se vió, a poco tiempo de allí, abandonado de todos y estrechado en Janina, donde solo los defendia una banda de feroces y fieles epirotas.

Alí en Janina, parecia un tigre en la cueva. Habia caido del poder; pero su altivez era ahora mayor, porque por un lado se apoyaba en la rabia, y por otro en la desesperacion. No le quedaba ya mas que Janina y Vasiliki; Janina y el imperio eran ya una nada para el viejo enamorado; Vasiliki era todo: sus cavilaciones no se reducian a otra cosa que a hallar el medio de escaparse con

ella; se desesperaba de no encontrar sino uno, matarla y matarse.

Una noche de aquellas en que ya se dejaba ver que la ciudad caeria pronto en poder del Sultan, conocieron que desesperaba

[fin de la 2ª columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

Alí cada día mas, al ver que no tenia como salvarse con Vasiliki, se levantó aquel a media noche devorado por las angustias del amor y de los zelos al pensar en que Vasiliki iba a ser de otro amo; ella lo sintió; sintió que rabiaba, sintió que amenazaba; en fin comprendió todo el suplicio horrible en que estaba puesto aquel altivo corazon y se lanzó corriendo hácia él.

Alí estaba ya dispuesto a clavarle un puñal para librarse y librarla; pero al verla tan tierna, tan jóven, tan linda, tan amorosa, vaciló; y el primer cariño y la primera palabra que salieron de su boca lo vencieron; y no pudo ya acordarse sino de que era su hija, su linda hija, su tierna Vasiliki. El amor y los halagos de esta niña lo tranquilizaron un tanto. Pero no bien rayó el día, cuando las voces de alarma se alzaron por todos los costados de la ciudad; el sultan la asaltaba y la vencia. Los soldados de Alí plagaban y hundian sus filas al impulso de los del gran Turco; y aun Alí mismo de punto en punto tuvo que ir retrocediendo hásta las últimas habitaciones de su palacio. Ya no habia mas que humo y llamas por todas partes: el incendio devoraba con sus "lenguas de fuego" las bellezas de Janina; Alí andaba por todo como un terrible espectro armado de un sable y defendiendo las últimas entradas que guardaban su querido tesoro, su Vasiliki. Pero todo era inútil, la matanza y la destruccion lo rodeaban y era imposible que tardase mucho en caer él tambien bajo su lei inexorable. Cuando ya no le quedaba recurso alguno, se armó de toda la impasibilidad y firmeza de un turco, y con su alfanje desnudo entró tranquilo y resignadamente en el pabellón lleno de brillantes y lujo donde Vasiliki estaba desesperada y envuelta en la nube de humo que lanzaba una gran pipa llena de perfumes. Alí se alarmó tanto al no verla de pronto, que corrió como un loco a la ventana del pabellón y la abrió de par en

[fin de la 3ª columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

par, furioso; la columna de aire que corrió entónces por la pieza la despejó, y le dejó ver a Vasiliki reclinada en su sofá turco y abatida por el peso de la desgracia que

presentia. Alí iba decidido a matarla; porque no podia soportar que otro heredase tan rica joya. Pero el ascendiente de aquella mujer hermosa, vuelve a subyugarla; se olvida de todo, ménos de que es su hija, ¡su hija! nada mas! el tiempo de toda otra idea ha pasado; los proyectos que le habian inspirado los celos se desbaratan, ante los proyectos que le inspiraba el amor filial--"Que viva mi hija, dice entre sí; que viva y vaya a gozar en una corte de su juventud y del amor de los fuertes: habrá en el mundo quien derrame una lágrima de amor por el viejo Alí!" Se acercó entónces a ella y apoyando la rica carabina que sirve de cetro a los Bajáes, en un cojin del sofá, soltó el puño del alfanje que habia tomado para satisfacer sus celos, lo dejó colgar inerte de la muñeca del brazo. Y tomó suave y tiernamente la mano de Vasiliki que habiendo alzado hacia él su preciosa cara lo miraba con una ternura divina; Alí entónces levantó tristemente los ojos hácia el cielo, y estuvo un largo rato así como si meditara en la flaqueza e inconstancia de las cosas humanas. Una lágrima redonda y brillante como una perla, se desprendió de los ojos negros de Vasiliki; le corrió por todo e rostro, y fue a caer en medio del precioso y abultado seno, que parecia mas bello que nunca por la inclinacion hácia arriba que habia dado a su cabeza para poder ver a Alí, que se mantenía de pié como una estatua; el momento era horrible y solemne; el pabellon estaba iluminado por el fuego del incendio que se veia por la ventana devorando a Janina.

(Concluirá)

[fin de la 4^a columna, p. 1; fin de la sexta entrega]

Séptima entrega, El Progreso, #117, miércoles, 29 de marzo de 1843

Folletin del Progreso

ALI-BAJA

(CUADRO DE MR. MONVOISIN)

(Conclusion)

[primera columna, p. 1]

Alí no podia desprenderse del suave y reservado abrazo que le daba Vasiliki; estaba inmóvil, indeciso, extático, al lado de aquella preciosa mujer; su vista, clavada en un punto y enredada entre los numerosos rumajes de sus cejas, semejava a la vista de un hombre absorto en la contemplacion de una grande y poderosa idea. Una cadena

indefinible lo ataba a aquel lugar, y la actividad con que hasta entónces habia defendido a su capital contra las tropas del Sultan, se habia convertido en una singular inmovilidad. Parecia que ninguna impresion hacian en él los gritos y estrépito del combate horroroso que se daba de-

[fin de la 1ª columna, p. 1]

[segunda columna, p. 1]

sesperadamente para él, a su alrededor.

Alzase de repente un furioso alarido; las voces están ya en las puertas; las tropas del Sultan han vencido las últimas resistencias; Allí está ya entre ellas. Recobra entónces toda la viveza e intrepidez de su carácter. Aquel ruido amenazador lo sacude; y por un movimiento involuntario, instintivo, se olvida afortunadamente de su Vasiliki; no percibe mas necesidad ni mas idea que pelear rabiosamente contra sus enemigos, la de matar a algunos antes de rendirse; el sentimiento de los zelos y del amor desaparece un momento por la fuerza de ese instinto de conservacion que nos lleva a todo trance y hasta el último momento. Allí se desprende vivamente de su querida, empuña su espada y corre a la puerta del pabellón arrojando miradas centelleantes y terribles, parecia el tigre que corre a saltos a defender la puerta de su cueva. La turba de soldados enemigos venia desordenadamente sobre él; las cimitarras chorreaban sangre y alzadas al aire, reflejaban de cuando en cuando la luz del voraz incendio que

[fin de la 2ª columna, p. 1]

[tercera columna, p. 1]

consumia a Janina lanzando de sus hojas de acero relámpagos repentinos en medio del humo y del tumulto. No bien salió Allí a las puertas del pabellón, cuando su nombre se oyó repetido con temor y reserva por todas partes; aquel torrente de destruccion hizo alto, los de atras que aun no habian llegado seguian empujando a los de adelante; mas estos hacian hincapié y retrocedian; por que no tenian muchos deseos de acercarse al terrible atleta que los esperaba y que parecia buscar entre todos ellos la víctima que debia inmolar primero a su desesperacion y rabia. Allí no se detuvo mas tiempo que el necesario para mirar a sus enemigos, no los contó, ni calculó, y con una rapidez increíble, ántes que nadie lo hubiera sospechado, estaba ya entre ellos revolviendo su cortante alfanje y haciendo rodar las cabezas de los primeros, que estrechados por los de atras no podian huir y caian como espigas segadas por la hoz. Aquello fue entonces un alboroto, una confusion. Uno

de los mejores jefes del Sultán, llamado Hasan corre sobre Alí y las dos ci-

[fin de la 3a columna, p. 1]

[cuarta columna, p. 1]

mitaras se diéron un golpe furioso; un momento despues el cuerpo de Hasan saltaba sin cabeza a los pies de Alí. Mas en este corto intermedio, los soldados habian tenido lugar de reponerse un tanto y algunos diriñieron desde léjos sobre Alí la boca de sus escopetas; cuando este dejaba a Hasan para abatir a otro parten los tiros enemigos. Alí bamboleó un instante, se le cae de la mano la cimitarra, hace un jesto horroroso, se arranca convulsivamente el turbante, suspira, alza los brazos para arriba, en vano quiere mantenerse parado.....hace fuerza.....es inútil. Diez balas han atravesado su cuerpo y roto sus miembros. Cae al fin sobre Hasan, lo abraza rabiosamente como si lo quisiera devorar y expira. Parte entónces de entre el tumultuoso grupo de los enemigos una algazara de victoria y de contento y se lanzan sobre el coloso derribado; mas aun se contuvieron otra vez al ver la espresion feroz que conservaba la fisonomía de aquel espantable viejo, tendido por tierra y revolcando convulsivamente su blanca barba entre la sangre que

[fin de la 4a columna, p. 1]

[primera columna, p. 2]

arrojaba por sus heridas y la que arrojaban los enemigos que habia derribado ántes de caer él. Al sentir los que se atropellaban en las últimas filas el nuevo retroceso de los de adelante, echáron a correr otra vez creyendo que el *Oso del Pindo* se hubiera levantado de nuevo y estuviera continuando su carnicería; tal era el terror que habia llegado a inspirar este anciano guerrero. Pasado el primer terror que inspiró el caido Alí, se lanzáron sobre él, lo arrastráron tomándolo por la barba y lo lleváron hasta el umbral de una escalera en donde le cortáron la cabeza con un cerrucho; pero aseguran los historiadores de estos sucesos que la cabeza de Alí estaba compuesto de huesos tan enormes y duros, que el cerrucho estuvo pasando y repasando mucho tiempo, sin hacer mas que envolver horribilmente entre sus dientes el cuero que lo cubria, al fin la cortáron, y dejó de vivir a los 82 años este hombre que desde el fondo de Turquía habia logrado hacer conocidos en toda Europa su nombre, su ambicion, sus crímenes y sus hazañas que habia hecho temblar a su soberano y habia sido el terror y la plaga de la infeliz Grecia.

Cuando los soldados vencedores se viéron sin Alí por delante, se desparramáron como una inundacion en todo su palacio y encontráron a Vasiliki en el pabellon en que Alí y nosotros la dejamos; tenia metida su linda cabeza entre los cojines del sofá y agarrada con sus dos manos; estaba bañada en lágrimas; tenia horror y espanto por que era...lo que son todas las mujeres, cobardes para morir. Se precipitáron los soldados sobre ella, le arrancáron las preciosas

[fin de la 1ª columna, p. 2]

[segunda columna, p. 2]

y ricas alajas de que estaba adornada pero respetáron su persona por que para esto tenian órdenes severas y mui terminantes. El Sultan codiciaba a Vasiliki, como ganar uno de los mejores despojos que podia sobre Alí. Respetáron pues su persona, fué puesta en lugar seguro y despues del triunfo, llevada a Costantinopla y presentada al Sultan.

Para Vasiliki todo fue estraño en Costantinopla; por que como todos saben, Selim, que era el Sultan, se habia propuesto montar a la Europea su corte y hasta él mismo usaba traje europeo. Vasiliki pues fué recibida con toda la urbanidad de costumbres que dá la civilizacion, y si no tuvo el amor de su viejo Alí por amparo de su belleza y debilidad, tuvo el amparo de las costumbres respetuosas que desde entónces empezáron a dominar en la capital de Turquía. Hace poco que ha muerto esta célebre mujer, célebre por su hermosura y célebre por la compañía que le hizo Alí. Ha muerto querida del Sultan y es probable que la vista del jóven e ilustrado Selim le hubiese hecho olvidar los membrudos y rudos brazos del viejo *Oso del Pindo*.

[fin de la 2ª columna, p. 2; fin del folletín]